

LA VOZ DE LA CONCIENCIA



O. S. MARDEN

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

ORIZON SWETT MARDEN

Insigne psicólogo y gran educador, su nombre merece un pedestal en la sensibilidad y la conciencia de todos los que han sido inspirados por él, para luchar y vencer dignamente dentro de la sinceridad y de la lealtad, que son las cualidades que ennoblecen al hombre, haciéndole marchar sereno y confiado en sus fuerzas interiores, para así vencer escollos, sintiendo que la vida vale la pena de vivirse, cuando el Alma rebosa de poder fundamentado en la confianza en sí mismo, logrando así la plenitud del Ser.

Lea Ud. las obras de O. S. Marden y así será uno de los privilegiados de la existencia, y luego enaltecerá su nombre, porque le deberá el éxito en las labores que emprenda.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA

Unicamente puede llamarse a engaño de la vida, quien se engaña a sí mismo.

EMERSON.

Parece vulgaridad decir que un hombre por muchos millones que tenga será un fracasado si la voz de la conciencia lo acusa de haber perdido el honor, la integridad y la propia estimación en los medios de amasar su fortuna material.

En los comienzos de la vida activa no podremos tomar mejor resolución que, suceda lo que suceda, estar bien con nuestra conciencia, que no mancilla.

remos nuestro honor y adulteraremos nuestra divina naturaleza cometiendo acciones deshonoras y ruines.

Si firmemente nos proponemos que por lo menos una sola persona en el mundo; nosotros mismos, nos tenga en buen concepto, nadie será capaz de desviarnos de una honrosa carrera, porque al tomar esa resolución, establecemos un pacto de alianza con nuestro verdadero ser, que es uno con Dios. Y por lo tanto, cuando estamos bien con nosotros mismos, estamos bien con Dios, en armonía con el divino principio y no existe posibilidad de fracaso.

La historia de Israel cuenta que en el antiguo templo de Salomón, construido a semejanza del tabernáculo del desierto, existía detrás del velo un lugar llamado santísimo, donde el sumo sacerdote entraba una sola vez al año. En la misma forma, en todo ser humano existe un lugar recóndito y santísimo donde mora la divinidad, y no debemos consentir la profanación de ese lugar santo de los santos, dejando que el mal entre para realizar su obra destructora.

Ese lugar debe ser mantenido sagrado, más que la misma vida. Allí se hallan como en un sagrario la pureza, la paz, el honor, la honradez, el amor y la justicia. Allí reside todo lo que hay de hermoso en la vida. Cuando mantenemos puro ese santo de los santos, lo somos todo; cuando lo profanamos somos nada.

Es posible arrastrar toda clase de desengaños fortuitos después de haber hecho todo lo que estaba en nuestro poder para salir victoriosos de un empe-

ño; pero el desengaño señalado a gritos por la voz de nuestra conciencia es lamentablemente fatal.

El que sea recto, honrado y fiel consigo mismo, podrá sobreponerse al fracaso y al desengaño, sufrir el escándalo, el maltrato y la calumnia; pero, cómo permanecer indiferentes ante las heridas en la propia estimación y ante las manchas en el honor? El remordimiento las encona.

Al desviarnos del camino de la rectitud, estropeamos el lugar sagrado de nuestro interior, profanamos y destruimos nuestro lugar santísimo, sin que nadie sea capaz de ayudarnos a reconstruirlo como estaba antes.

Cuando perdemos a nuestro mejor amigo, que es el propio respeto, se tambalea el edificio de nuestra vida, porque la piedra angular de cimentación se hundió.

Existen hombres a quienes el mundo vitupera y maltrata, y sin embargo son capaces de seguir su camino serenos y tranquilos sin romperse ni doblarse, porque no han perdido el sentimiento del honor y se respetan y ayudan a sí mismos. Reciben la aprobación de su conciencia, cuya voz es eco de la voz de Dios y no por cierto la voz del pueblo. Mientras aprueba la conciencia, lo demás importa poco.

Pero vamos por parte por si alguien sale diciendo que la conciencia de muchas personas es de dogma y tiene habilidad de sobra para colocarla en ajuste perfecto con sus conveniencias personales.

Con toda seguridad a un caníbal no le remordará la conciencia por engullirse al infeliz explorador

que cae en sus manos, ni tampoco les remordía la conciencia a los verdugos que inmolaban a las víctimas de su fe en el horrendo altar del fanatismo.

Esta antinomia queda explicada, aunque no justificada, al considerar que la conciencia humana se halla sujeta como todo lo del universo a la LEY SUPREMA DE LA EVOLUCION, y tiene tantos grados como abarca la dilatada escala, cuyos extremos son el infinito bien y el infinito mal.

De ahí la necesidad de distinguir en la conciencia humana un estado superior, correspondiente a la individualidad, y otro inferior correspondiente a la personalidad, y todavía cada uno de esos estados ofrece al análisis psicológico tanta variedad de matices como seres capaces de conciencia, de manera que cada grado inferior es inconsciencia respecto al superior, en la misma forma como en la escala de los cuerpos llamados simples por la química clásica, cada uno es electronegativo respecto al que sigue y electropositivo al que antecede.

MIRA { Cuanto más aprenda el hombre a conocerse a sí mismo y al mundo que lo rodea, su conciencia será de nivel superior y a mayor elevación, corresponderá mayor responsabilidad.

El conocimiento del mundo exterior es la conciencia mental, cuyo grado de evolución depende de la suma de conocimientos adquiridos por la observación y la experiencia de los objetos y fenómenos de la naturaleza. Pero como sucede que, no todos los hombres se encuentran en la misma etapa de evolución, en unos las facultades intelectuales se hallan activas y en otros se encuentran todavía soñolien-

tas, y aun en los que ya las tienen despiertas el grado de actividad no es igual, de ello proviene la multitud de opiniones, creencias, pareceres y conceptos, todos ellos discrepantes, según la mayor o menor evolución de cada quien. Para todos el objeto es idéntico. Lo que varía es el grado de actividad de las facultades mentales que se han de aplicar a su conocimiento, resultando de ello tantos grados de conocimiento mental, como convicciones coincidentes en la apreciación del valor de los objetos y fenómenos concebibles.

El hombre además de la conciencia mental, tiene la conciencia moral, que también se halla sujeta a la ley de la evolución y que por lo tanto ofrece diversidad de grados correspondientes al mayor o menor conocimiento que tenga de las emociones y sentimientos, cuyo conjunto constituye el mundo interior.

Como lo indica su nombre, esta otra conciencia se halla íntimamente relacionada con la ética o filosofía moral, y puede suceder que un hombre que haya alcanzado un nivel muy alto de conciencia mental, que sea hábil ingeniero, sagaz jurisconsulto, destacado artista, preclaro escritor, inspirado poeta, diestro artífice, que domine intelectualmente la técnica de su profesión u oficio, sin embargo se encuentra todavía muy atrasado en la evolución de su conciencia moral, por no haber discernido entre la virtud y el vicio, el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

En ese caso comprobará desde luego cualquier error en que incurra la mente concreta de los que le son inferiores en conciencia mental, pero estará ciego con respecto a los extravíos de conducta, por-

que la voz de su conciencia moral es todavía demasiado débil para que su acento hiera los oídos inateriales de su verdadero ser.

De esa diversidad de grados de la conciencia moral, provienen las profundas discrepancias que se notan en los conceptos de virtud y vicio, según las épocas, los climas y el estado de cultura de los pueblos.

Antiguamente filósofos, por otra parte tan insignes como Platón y Aristóteles, conceptuaban la esclavitud, que nos parece hoy completamente contraria a la ley moral, legítima y necesaria. El código que Moisés dio al pueblo de Israel, contiene prescripciones que cualquier abogado rechazaría hoy por inicuas. De buena fe los sacerdotes de algunos pueblos de la antigüedad, creían que era acción meritoria la que hoy consideramos unánimemente como profanadora de la honra conyugal.

No hay duda que en el futuro, cuando la conciencia moral de la humanidad haya subido en muchos puntos, las generaciones rechazarán por inicuos algunos de los procedimientos que a las sociedades modernas les parecen intangibles, por lo fundamentales.

La conciencia moral se halla más o menos despierta según la evolución del individuo en la esfera personal, y en esa forma vemos que a unos les remuerde la conciencia, y por lo tanto conocen la maldad de acciones que a otros les dejan indiferentes, y aun se figuran que no han causado ningún mal al cometerlas.

Por ese motivo se dice vulgarmente de quien tiene conciencia moral muy embrionaria, que la tie-

ne muy ancha, mientras que decimos que la tiene muy estrecha, quien ya ha alcanzado el nivel superior.

Cuando los psicólogos afirman que la moral evoluciona, emplean una figura de dicción por el estilo de cuando hablan de la evolución de las creencias. La moral no puede evolucionar, porque esencialmente es siempre la misma como expresión de las inmutables leyes de Dios.

La conciencia mental y la conciencia moral es lo que evoluciona, y que, a pesar de los aparentes retrocesos de la humanidad en conjunto, va subiendo de grado; y acercándose lenta pero seguramente a la moral eterna, es decir, a la unión con lo divino, con el supremo Bien y la absoluta Verdad.

El que anhele ayudarse a sí mismo, debe comprender que la voz de su conciencia es susceptible de una tono más elevado, que el que resuena en sus oídos espirituales. Si cree que aquella voz no puede levantarse, se engañará creyendo que ya ha llegado al pináculo de la verdad y a las cumbres del bien.

Pensalo

Mientras peregrinemos por el mundo, nunca estaremos satisfechos de nosotros mismos. El conformismo significaría estancamiento, quietismo, pereza espiritual. Debemos examinarnos interiormente para ver si hay algo injusto, en lo que nos parece justo; algo erróneo, en lo que creemos verdadero; algo ilusorio, en lo que se nos figura real.

Pero mientras tanto será conveniente colocar nuestras acciones al mismo nivel de nuestra conciencia, nunca en una grado inferior, porque entonces su

voz acusadora clamará contra el extravío de la conducta.

Existen principios y normas de moral que ya han alcanzado el punto de coincidencia con la justicia, aunque haya otros que pertenecen a la llamada moral acomodaticia o de conveniencia, sobre los cuales las personas correrán el velo del disímulo, cuando, no de la hipocresía convencional.

SIEMPRE
En los puntos coincidentes con la justicia distributiva, el hombre resuelto a ayudarse a sí mismo, siempre debe obrar de acuerdo con lo que le dicte la voz de su conciencia, y si lo hace así, quedará definitivamente preservado contra los ataques de la tentación y las embestidas de la mundanalidad. Pero sin esa defensa no debe esperar gozar de verdadera paz, ni obtener un éxito duradero.

Por muy ciegamente que las personas que nos tratan crean en nosotros y el mundo entero nos alabe, no podremos creer en nosotros mismos, si no somos sinceros para merecerlo.

Muchos de los hombres que figuran en la vida pública, cuyos nombres son pasto diario de la publicidad y disfrutan de honores y preeminencias sociales y políticas, no tienen el menor respeto de sí mismos y se desprecian al quedarse a solas con su conciencia, porque saben que no viven como todo el mundo se figura.

Visto desde afuera un hombre así, parece que posee los elementos constituyentes de la dicha y el éxito, pero en su interior continuamente se produce el choque entre la voz de la conciencia y la gritería

de las pasiones. Aunque las gentes lo aplaudan, la voz de la conciencia le dice que es un impostor, que no es el hombre que se figuran los demás, que no está limpio de corazón y se aprovecha de la credulidad de las personas a quienes engaña.

Veamos lo que dice el profundo pensador Franz Hartmann:

"Los inferiores elementos materiales de la constitución del hombre cambian rápidamente y los superiores evolucionan lentamente. Sólo perduran los supremos".

Los elementos inferiores a los cuales se refiere la cita, son el cuerpo físico y la conciencia que se identifica con este instrumento del Ego, porque todavía no se conoce a sí mismo, es decir, que no se encuentra en condiciones de ayudarse a sí mismo, sin necesidad de recurrir al auxilio ajeno.

Los elementos superiores son la conciencia mental y la conciencia moral en coincidencia con la verdad y el bien, tal como debemos conocerlo y practicarlo, es decir, con la imperfección propia de todo lo relativo y condicionado, por más que aspiremos a la perfección de lo absoluto, únicamente compatibles con los elementos supremos, con el verdadero y real ser del hombre, su verdadero Ego o divina esencia.

Agrega Hartmann: "Nada pertenece esencialmente al hombre, más que su carácter. Quien mucho atiende a los elementos inferiores, atiende a lo que no es suyo, pues se lo prestó la naturaleza, que en su día reclamará la devolución del préstamo. Mien-

cuida

Tu

tras se goza en ellos, se forja la ilusión de que son parte integrante de sí mismo; y sin embargo no son más suyos que la ropa que lleva. Su verdadero Yo es su carácter, y el que pierde la pureza y vigor de su carácter, pierde todo lo que posee".

Llama la atención que todos los pensadores, sin distinción de escuela ni credo, desde el exigente dogmatismo del católico y la puritana austeridad del metodista, hasta la extrema izquierda del socialismo revolucionario, convengan unánimemente en destacar la vital importancia del carácter. Es prueba de que no existe error en la común opinión sobre ese punto, en pensadores por otra parte, de tan opuestos convencimientos.

Con el objeto de reforzar el argumento sobre el cual apoyábamos la evolución de la conciencia moral colectiva de las personas, que todavía se halla en un nivel muy inferior respecto a la perfecta moralidad, meditemos sobre el siguiente párrafo del mismo Hartmann, quien dice:

Dinero
Equidad
"Uno de los reyes de la ilusión es el dinero, soberano del mundo, en su condición de común denominador de todos los valores económicos, representa el principio de equidad y debe servir para que cada uno reciba la justa equivalencia de su trabajo. Si deseamos más dinero del que nos corresponde, deseamos lo que pertenece a otros; y, si nos aprovechamos de un trabajo no retribuido equivalentemente, cometemos una injusticia y agraviamos a la verdad con mayor pérdida moral para nosotros, que la ganancia material del dinero defraudado".

Precisamente este es el caso que en infinidad

de ejemplos se deriva de la ley injusta de la oferta y la demanda aplicada al trabajo humano, ley que todavía muchos seudoeconomistas consideran ajustada a los principios de equidad. Con toda seguridad que el grán número de aquellos que durante largos años estuvieron y aún están aprovechándose al amparo de esa injusta ley, de un trabajo no retribuido en forma equivalente, no sintieron por ello remordimiento de conciencia, porque el egoísmo apagaba su voz, o mejor dicho, no habían alcanzado el grado de conciencia moral, capaz de advertir la injusticia e inmoralidad en la injusta ley, que equiparara el trabajo del hombre, con una mercadería fluctuante, entre la abundancia con la baratura y la escasez, con carestía.

Añade el mismo autor:

"El dinero es de por sí un símbolo del principio que representa. Solamente ese principio tiene existencia real y sin embargo vemos al mundo postrado a los pies de la ilusión forjada por el dinero. Los pobres lo codician, los ricos lo acumulan, y en general todos apetecen la mayor retribución con el menor esfuerzo posible. Hay sacerdotes que salvan almas y médicos que curan cuerpos por dinero; la justicia humana se vende a quien tiene la suficiente astucia para comprarlo. Por dinero se obtienen fama, renombre y remedos de amor, y el valor de un hombre se estima por la suma de monedas que llama tuyas. La ciencia se esfuerza para aumentar las comodidades del hombre, vence los obstáculos opuestos por el tiempo y el espacio, y convierte la noche en día. Se inventan nuevas máquinas y el trabajo que antes necesitaba mil brazos, lo lle-

va a cabo un niño, ahorrando así mucha fatiga y trabajo personal; pero, al aumentar los medios de satisfacer el ansia de bienestar, se despiertan nuevas ansias y lo que antes se consideraba superfluo, es ahora necesario".

Por supuesto que nadie renegará del dinero cuando representa el valor del trabajo. Lo malo es el abuso del dinero, la depresión de la conciencia cuya voz es ahogada por el egoísmo, y en esa forma vemos que los que buscan el placer y la dicha en los placeres sensuales que proporciona el dinero, y para poseer ese medio de obtención rebajan el nivel de su conciencia, forzosamente deben quedar desengañados al cabo de repetidas experiencias.

Por ejemplo, un hombre se pasa la noche en una orgía desenfundada. Por el momento le parece que disfrutará lo indecible, se imagina que gozará intensamente cediendo a sus deseos pasionales y dando rienda suelta a su naturaleza animal.

Pero, qué recibe en cambio de esa noche de placer como él la llama? Al día siguiente, la naturaleza superior recobra su imperio y la voz de la conciencia lo reprende por haber abdicado su soberanía individual, en bestia humanizada de su personalidad. Si tiene esposa e hijos, antes se dejaría cortar una mano que confesarles su flaqueza.

Cada vez que reincide en los hábitos perniciosos de una vida disoluta, embota su sensibilidad y decaen sus aspiraciones por las cosas merecedoras de nobles esfuerzos. Se produce la abulia con su compañero inseparable el tedio, que poco a poco lo empuja hacia la desesperación, cuando no al suicidio.

Sin embargo, ese mismo hombre, en sus negocios, empleará métodos científicos, y consideraría funesta, para el logro de un determinado fin, la conducta que sigue en su vida privada.

La diferencia consiste en que tiene en alto nivel la conciencia mental y todavía muy incipiente la conciencia moral.

Al respecto dice Felipe Broock: "El cuidado del cuerpo y el cuidado del alma, no son dos deberes, sino dos partes de un mismo deber".

Haber escuchado la voz de la conciencia superior, significa estar bien consigo mismo, la que desligada en forma abstracta de la personalidad, resuena en el admirable silencio de la individualidad; y el que escucha esa voz tiene tan alto concepto de la santidad del cuerpo, como de la santidad del alma.

Mientras alienta la vida, el cuerpo no es un saco de corrupción, ni aún en aquellos que lo convierten en costal de malicias al profanar sus funciones.

Según San Pablo, el cuerpo del hombre es el templo del Espíritu Santo, la morada de Dios; y ese concepto sería inadmisibile por lo falso, si no lo relacionáramos conjugadamente con la evolución de la conciencia, pues si el malvado persistiera empedernidamente en su maldad por tener la conciencia embotada, cómo podría morar Dios en un lugar tan inmundo?

Para que Dios se manifieste en nosotros, es necesario mantener el cuerpo escrupulosamente limpio y puro, de manera que por la delicadeza de sus células y la agudeza de los sentidos, sea capaz de

recibir las sutiles vibraciones de los mundos invisibles. Entonces la voz de la conciencia resonará clara y límpida.

Los principios fundamentales de nuestro ser son la templanza, la castidad y la honradez. Siempre que los violemos sufriremos penosas consecuencias. Podremos experimentar un goce pasajero en la excitación del sistema nervioso causada por la grosera sensualidad; pero, una vez desvanecido el placer, quedará el remordimiento del daño causado al propio respeto por la profanación de la dignidad humana.

Los hombres tienen muchos medios para ceder a las sugerencias de su naturaleza animal; pero uno de sus mayores engaños consiste en que no pueden disfrutar retrospectivamente de sus disipaciones, porque siempre existen heces amargas en el fondo de la copa del placer sensual.

Los hombres han tratado de sobornar su conciencia en todos los tiempos, y a veces lograron hacer callar su voz con el rumor estrepitoso de las orgías; pero después de la disipación se sienten tan degradados y pesarosos, que necesitan muchos días para reponerse del decaimiento moral, en el cual los sume la voz de su conciencia inaccesible al soborno.

Dice Jacobo Boheme: "Si deseamos investigar los misterios de la naturaleza, comencemos por investigar a nosotros mismos y preguntémonos si nuestras intenciones son puras. Deseamos practicar en beneficio de la humanidad las buenas enseñanzas que recibimos? Estamos dispuestos a renunciar a todo apetito egoísta que nuble nuestra mente y nos

impida ver la clara luz de la verdad eterna? Queremos ser instrumentos de manifestación de la divina Sabiduría? Sabemos lo que significa estar unidos con nuestro verdadero Yo, desprendernos de nuestra ilusoria personalidad, identificarnos con el poder universal y viviente de Dios? O es que deseamos adquirir superior conocimiento solamente para satisfacer nuestra curiosidad y engreírnos en nuestra sabiduría, creyéndonos superiores a los demás hombres? Consideramos que los arcanos de la Divinidad solamente puede descubrirlos el espíritu que actúa en nosotros. De nuestro interior y no de lo exterior, surgirá el verdadero conocimiento y los que buscan la escuela de las cosas en lo externo, podrán encontrar la forma y el color de las cosas, pero no la verdadera cosa en sí misma. Si nuestros deseos nos apegan al yo inferior, a la personalidad, solamente veremos las ilusiones que nosotros mismos nos hacemos forjado; pero si la obediencia a la ley universal nos hace libres, nos identificaremos con la ley y veremos la verdad en toda su pureza".

No debemos creer que ese desprendimiento de la personalidad, significa la absoluta separación del mundo y de los negocios mundanos. Quiere decir que cualquiera que sea nuestra posición en la vida, debemos vivir inseparablemente con nuestra conciencia, y por lo tanto debemos tener una fiel, magnánima, pura y honrada compañera, desprendiéndonos de la naturaleza inferior, en el sentido de eliminar todos los elementos que sean incompatibles con la tranquilidad y dignidad de la conciencia.

Desde luego que el que se resuelve a no dejar detrás suyo antecedentes delictuosos, que el día de

mañana puedan serle perjudiciales, obstaculizando el camino de la prosperidad, tropezará con no pocos inconvenientes, ya que es mucho más fácil seguir la inclinación, que obedecer al juicio, ceder a la emoción siniestra que resisitirla y mantenerse firme en el ideal. No es fácil rechazar los placeres seductores. Es mucho más fácil deslizarse por la pendiente o dejarse arrastrar por el flujo de las aguas, que subir a la cumbre o nadar contra la corriente.

Pero lo que se gana en carácter, en hombría de bien, en fuerza para ir venciendo toda clase de dificultades, al resistir la tentación de tomar el camino más fácil, proporciona una satisfacción perdurable que comparada con el placer sensual, es como la realidad a la sombra.

Por qué nos sentimos ruines y pensamos mal de nosotros mismos, cuando comprobamos que nuestras obras realizadas durante el día han sido deficientes, que hemos estropeado lo que intentábamos hacer, o que hemos hecho un trabajo malo, sin poner nuestra alma en la labor cotidiana? Cómo es que el pensamiento de esa obra nos condena y todo lo que se relaciona con ella nos reconviene? Es porque hemos obrado contra la ley de nuestro ser, contra la ley divina.

Ese sentimiento de degradación, de pérdida del propio respeto, es similar al sentimiento que experimentamos cuando cometemos una mala acción. Obra estropeada, negligente, provoca el propio menosprecio, porque infringe la ley interna, la ley de integridad, la ley de perfección.

En el hombre existe algo que lo impulsa a obrar lo mejor que pueda. En nuestro interior resuena una

voz misteriosa, una voz que aprueba y aplaude nuestros mejores esfuerzos y nos condena cuando hacemos menos de lo que nos es posible. A la naturaleza superior, nada inferior le satisfacerá. Y la satisfacción de la conciencia, la dicha interior, debe provenir de la labor cotidiana cumplida en forma acabada y no de los placeres nocturnos.

Si no nos sentimos dichosos al realizar las tareas diarias, no hallaremos satisfacción en ninguna parte. Nadie puede respetarse, a menos que la voz de la conciencia apruebe sus acciones, su método de vida y la obra en que se halla ocupado. Si en nuestra conducta somos absolutamente puros y desempeñamos honradamente nuestro papel en el drama de la vida, nada nos impedirá ser dichosos, porque la conciencia evolucionada en alto grado, aprobará nuestras acciones.

Nadie se respeta interiormente, a solas con su conciencia, por ser opulento u ocupar una elevada posición social o por haber conquistado una fortuna. En el respeto propio existe un elemento moral. Nos respetamos por nuestras buenas acciones, por ser puros, honrados, viriles y magnánimos.

Aunque toda persona normalmente constituida, experimenta un sentimiento de complacencia y bienestar cuando obra bien, y se siente muy inquieta y preocupada cuando obra mal, pocos son los que se detienen a considerar la filosofía de ese fenómeno psicológico. No se dan cuenta del vital enlace entre la dicha, la salud y la propia estimación.

Deprime la salud y afecta perjudicialmente a la vitalidad todo lo que nos hace desdichados; y cuan-

do la salud se resiente, es muy fácil ceder al desaliento, porque decaen las energías morales y luego se produce la pérdida del propio respeto.

En cambio es un eficaz tónico y un estimulante del organismo la rectitud de conducta, porque nos colocamos en armonía con la verdad y el bien, y entonces por todo el organismo circula una corriente de consuelo, esperanza y fe en el porvenir.

Pero cuando tenemos conciencia de haber obrado mal, experimentamos las sensaciones contrarias. Los cuerpos físico, emocional y mental se rebelan anárquicamente y comprobamos en castigo de nuestra conducta, que esta se halla en notorio antagonismo con la verdadera naturaleza de nuestro ser. Nos sentimos inquietos y desalentados, porque notamos que algo extraño se ha introducido en nuestro reino interior, algo que no se halla de acuerdo con los dictados de la conciencia.

Los más poderosos aliados del hombre capaz de ayudarse a sí mismo, son la verdad, la honradez y la pureza, y el que se aparta de ellos deliberadamente, desecha sus más firmes fundamentos. La armonía, significa fuerza; la discordia, significa siempre debilidad.

Algunos hombres demasiado mundanos, dicen que la conciencia es un obstáculo para los negocios y que sólo les sienta bien a las mujeres. Dicen eso, porque no han alcanzado el grado de evolución en que la conciencia actúa. La tienen aún muy joven y no acciona, **son insensibles como bestias**.

Sin embargo, llegará el día en que balbuciente primero y luego con voz clara y precisa, la concien-

cia los reconvenga para apartarlos de la senda torcida, a cuyo término se abre el camino de la desesperación.

El que no se ayuda a sí mismo, escuchando la voz de su conciencia, no encontrará nadie que lo ayude. Al perder la propia estimación, perderemos a nuestro mejor amigo, a nuestra ayuda más eficaz.

La tranquilidad de conciencia, la honra interna, independiente de los juicios de las personas frívolas, es la piedra angular del edificio de nuestra vida, el cimiento de nuestro carácter.

Cuando hemos hecho lo mejor que hemos podido y sabido, tenemos fuerzas de sobra para hacer frente a cualquier contratiempo. Podemos levantar la vista y la frente tranquilos, aun en medio del fracaso y del infortunio.

La dicha del vivir, depende directamente de la pureza y dignidad de la consciencia.

LOS FUNDAMENTOS DE LA HOMBRIA

La honradez y probidad en nuestras relaciones con los demás, sin sombra de engaño ni asomo de mala fe, son el fundamento de la hombría. Un carácter de quien jamás quepa una sospecha es la piedra angular del éxito.

A pesar de la bellaquería reinante y de los ingeniosos timos y colosales estafas que diariamente se descubren, la probidad continúa siendo y será siempre el lema capital de los negocios. Nunca como ahora significó tanto en los negocios la absoluta honradez de conducta.

La mayoría de jóvenes no se percatan del valor del carácter en los negocios y les parece que la astucia, la travesura, la influencia y el valimiento importan más que la honradez e integridad del carácter.

Hubo tiempo en que en algunas partes medraba el dependiente más solapado y que mejor sabía segar la hierba bajo los pies de los demás; pero hoy prospera como nunca el que a la probidad de conducta añade el pleno conocimiento del negocio.

Tiempo atrás me pidieron informes de un joven que había solicitado un cargo de mucha responsabilidad. Como no le conocía a fondo, me dirigí a su anterior jefe, muy amigo mío, en cuyo establecimiento había servido largo tiempo, y le pregunté qué concepto le merecía el joven en cuestión. El jefe me respondió sin vacilar: "Es un hombre de cuerpo entero, y nada más hay que decir".

Me bastaba con esa recomendación de mi escrupuloso amigo, porque era prueba de que el joven había merecido de él la mayor consideración personal por sus relevantes cualidades. Se le podía confiar sin reparo cualquier cargo, por mucha que fuese su importancia y responsabilidad, pues no sólo había sido leal a su jefe, sino apto, de exquisito criterio, incapaz de ligerezas ni descuidos en el desempeño de sus funciones, trabajador infatigable y de mente abierta a toda innovación.

Con muy buen pie puede entrar en la vida el joven que ha cobrado fama de absoluta integridad, de honradez y sinceridad de propósito, tan fuertemente atrincherado en el buen concepto de sus con-

vecinos, que nadie duda de su hombría de bien. Si da los primeros pasos con tan excelentes auspicios será relativamente fácil el resto del camino.

Gran parte de los negocios se basan en la reputación. Los banqueros conceden o deniegan créditos, y los comerciantes aprueban o desestiman las demandas de empleo, según la reputación de los solicitantes. ¿Merece confianza? ¿Puede uno descansar en su palabra? ¿Hará lo que diga? Tales son las capitales preguntas en que se funda el crédito.

Dice un renombrado banquero:

Sobre las prendas de carácter se prestan en los establecimientos honrados más millones que sobre las de ropa y alhajas en las casas de préstamos, porque hay hombres de tan alto nivel moral, que sólo piden prestado lo que están seguros de devolver.

Otro banquero dice que preferiría prestar dinero a un pobre honrado, sin otra fianza que su honradez, que a un canalla rico que dejara algo de valor material en prenda.

Conozco a dos jóvenes comerciantes que se establecieron con muy escaso numerario; pero las cualidades de su carácter bastaron para abrirles crédito de 250.000 dólares, porque tenían merecida fama de infatigables trabajadores y honradísimos, y esta reputación les valió más que un capital de muchos miles en caja.

Nada de tan valioso auxilio para la prosperidad de un joven, como la limpia ejecutoria de su honradez y probidad. Nada tan favorable al adelanto en la carrera de la vida como dar a la palabra validez

de escritura notarial, decir siempre la verdad en todo, aunque vaya en contra de nuestro personal interés.

Aunque Abraham Lincoln era un pobre principiante en el ejercicio de la abogacía, nunca se avino a ser picapleitos, ni abogado de malas causas. A este propósito, decía: "Me fuera imposible defender una sinrazón, porque mientras pronunciase mi alegato ante el Jurado, pensaría entre mí: Lincoln, eres un embustero. Y me parece que olvidándome de todo repetiría en voz alta esta confesión".

El apodo de "El honrado Abe" con que popularmente se le designaba, tuvo muy favorable influjo en su elección para la presidencia de la república. Todos cuantos le conocían confiaban en él, porque le veían integérrimo, inflexible, probo y justo. La inquebrantable fe en su honradez le dio poderoso ascendiente en el corazón y entendimiento del pueblo.

La veracidad es la natural manifestación del carácter honrado. Es la voz del mismo Dios. Cuando un hombre es justo y verídico, se anula su personalidad para brillar como astro de primera magnitud su individualidad. Lo que hace o dice no es cuestión de su persona, sino de la rectitud y veracidad personificadas. Instintivamente percibimos que hay algo más allá y superior al hombre que proclama el divino principio.

Por qué las palabras de uno se escuchan como sentencias y las de otros como majaderías? ¿Por qué la opinión del discreto es de más peso que la del necio? Porque tras la palabra del discreto está

el carácter. Otros dirán tal vez lo mismo ante el mismo auditorio y no producirá mayor impresión en el ánimo de los oyentes que el agua en la espalda de un gusano. ¿Por qué? Porque la palabra del necio es voz flatulenta y nadie confía en lo que dice. Por doquiera hay ejemplos de oradores brillantes que cautivan con su aparatosa elocuencia al auditorio, pero que no lo convencen ni lo persuaden. Son sus discursos fuegos artificiales. Les falta solidez de ideas, vigor de pensamiento, genuinidad de carácter.

Lo que importa es el carácter en todos los momentos y circunstancias de la actuación del hombre.

Una de las mayores desgracias de la época contemporánea, es que hay muchos hombres con dinero y pocos dineros con hombre. A no ser por sus talonarios, no podrían mantenerse algunos potentados sobre sus talones. Desposeyéndolos de sus riquezas quedarían en repulsiva desnudez moral. Quienes los conocen los podrán adular por su dinero, mas ningún respeto les tienen como hombres. Mal negocio es amasar una fortuna y estropear un hombre. Nada más despreciable que un rufián millonario.

No quiere esto decir que sea contraria a la hombría de bien la ganancia del dinero. Todos lo necesitamos más o menos. Lo vituperable es labrar siniestras fortunas a expensas del carácter. Como negociante será un triunfador, pero como hombre un fracasado.

El inconveniente moral de algunos millonarios, es que no fueron hombres antes de ser directores de bancos, compañías y sindicatos. Su mayor defecto es la debilidad de carácter. Por muy altos puestos

que hayan ocupado en vida, nadie se acuerda de ellos al cabo de pocos años de su muerte. No dejaron huellas que al verlas otras las siguieran con redoblado ardor.

El amor, la confianza y la estimación se fundan en la hombría de bien y no en las monedas.

Repasando la lista de los caracteres genuinamente magnánimos, vemos que siempre tuvieron un firmísimo propósito. Advertimos el temperamento de su hombría, la enjundia de su carácter. Independientemente de su profesión, sentimos la influencia de su gran fuerza moral, algo que ellos consideran mucho más sagrado que amontonar dinero, explotar negocios y aún que la misma vida. Al hablar con ellos descubrimos desde luego que no se venden ni hay quien se atreva a comprarlos.

Conocemos que será inútil el intento de sobornarlos o rendirlos, porque se yerguen sobre la roca de sus principios, tan firmes como un peñón en su inmovible asiento. Estos caracteres son la sal de la civilización. En defensa de sus principios lo sacrificaron todo y alegremente sufrieron la persecución y el martirio.

El universo moral está de tal suerte regido, que para llegar muy lejos o cumplir algo de monta en el mundo, es de todo punto de vista indispensable la integridad de carácter.

Cuando Marshall Field perdió todo cuanto poseía en el horroroso incendio de Chicago, los banqueros del este le telegrafiaron ofreciéndole cuanto capital necesitase para restaurar su negocio. Las

llamas que abasaron la ciudad no pudieron consumir la absoluta formalidad de sus tratos. Su nombre era sinónimo de honradez y no contaba con otro capital cuando recién llegado de la aldea nativa fundó modestamente el establecimiento que con el tiempo había de convertir en los más vastos y mejor provisto almacenes comerciales del mundo. Su norma de conducta fue en todo tiempo y circunstancia la honradez, sin gitanería, ni fraude, ni engaño, ni adulteración. Las ventas eran en su establecimiento legales, con el mínimo margen de beneficio. Si algún dependiente engañaba al comprador en la calidad o el precio del artículo, quedaba despedido en el acto, por muy provechosa que para la casa hubiese sido aquella venta, pues sabía Field que el beneficio obtenido con el engaño, jamás compensaría el perjuicio de un cliente engañado o descontento, que se convertiría en perpetuo enemigo del establecimiento, como un pregonero de información y descrédito ante las gentes.

Por estar razón el público acudía en tropel a comprar en los almacenes de Marshall Field. Sabían que no les iban a engañar y que la casa los mantendría en su derecho contra cualquiera contingencia de abuso o engaño.

La honradez de propósito, la veracidad y sinceridad en nuestras amistades, en nuestra conducta, profesión y trato con los demás, compensarán los defectos de que pueda adolecer el hombre en otro sentido.

Pero conviene tener en cuenta que no se ha de ser honrado por egoísmo, es decir, por evitar los

perjuicios que acarrea el no serlo, pues quien deja de obrar mal por temor a las sanciones del código denota mezquina moralidad.

La abstención del mal, no perfecciona el carácter. A lo sumo lo estanca y no lo deteriora. El carácter entero se forja en la fragua de las buenas obras, entre las ascuas ardientes de una positiva mentalidad.

Puede el hombre no ser vicioso ni cometer ninguna baja acción, y sin embargo, no tendría la décima parte de la virtud del que algunas veces se extravía del recto y angosto sendero. Quien se contraija a "no hacer mal a nadie" y no sea capaz de cumplir una buena e inegoísta acción en su vida, será semejante al siervo infiel, a quien condenó su señor por haber escondido bajo tierra su talento.

La hombría de bien no sólo consiste en la abstención del mal, sino en la práctica del bien. A menudo oímos a un padre alabarse de que su hijo no fuma, ni bebe, ni blasfema, ni se disipa; pero no obstante estas negativas virtudes, suelen ser insustanciales, insípidas e indolentes criaturas incapaces de cosa de provecho. La energía de carácter sólo puede adquirirse por el persistente y vigoroso ejercicio de las virtudes positivas, no simplemente por abstención del vicio.

O. S. Marden

Sí existe el Diablo!!

A través del tiempo y con el análisis cuidadoso de las concepciones místico-religiosas de todos los tiempos, vemos que se hace referencia al seductor, al engañador, al falsario, el cual "toca" a las personas para hacerlas ejecutar toda clase de perversiones y hechos antinaturales, conduciendo al ser humano a un estado un tanto negativo y fatídico, el cual es llamado infierno, del latín "infernus", estado inferior.

Observando atentamente las situaciones humanas, se comprende exactamente que algo anormal, es decir en contra de la armonía, se sucede en el interior de las personas haciéndolas ejecutar actos innobles.

Efectivamente, existe el tal engañador o **Diablo**; se llama alcohol y lo venden embotellado.

La persona que ingiere esta substancia de naturaleza espirituosa, trastorna completamente el ritmo de su sensibilidad y empieza a ejecutar toda clase de torpezas, enteramente contrarias a la armonía de la vida social y humana.

Bajo la presencia del espíritu del alcohol (verdadero y único diablo) en el interior del organismo, el ser humano miente, engaña, pelea, hiere, mata, roba y se convierte en una desgracia para sí mismo, para su familia y para la sociedad en general.

El 95 por ciento de los crímenes se cometen bajo la acción del alcohol.

El borracho, verdadero poseso de diablo-alcohol es un degenerado, que tocado por el dios de la perversión, constituye una verdadera rémora social.

Amigo lector: Haga alto en el camino de la vida y medite, razone, comprenda exactamente los desastres del alcoholismo y no entre en relaciones con ese dios de la perversidad, del robo, de la mentira y del engaño en todas las fases del humano vivir. Reemplace el vicio de consumir alcohol por el hábito de leer buenos libros, salir al campo libre a contemplar la naturaleza y llenarse por ello de inspiración, o bien concurra a escuchar obras musicales, o a presenciar espectáculos de arte, y así ennoblecerá y embellecerá su vida y la de la sociedad, en cambio de degenerarla con ese maldito engañador, que al tocarlo a usted lo convierte en un ente miserable. El alcohol es el único diablo: escape de sus garras.

Israel Rojas R.

El Testamento del Borracho

Dejo a la sociedad un carácter detestable, un ejemplo funesto y una memoria odiosa.

Dejo a los autores de mis días un dolor, que no sé cómo podrán soportar en su vejez.

Dejo a mis hermanos y hermanos toda la vergüenza y el sentimiento que les causé con mi manera de vivir.

Dejo a mi esposa un corazón quebrantado y una vida de dolorosa miseria.

Dejo a cada uno de mis hijos pobreza, ignorancia, embrutecimiento, y el triste recuerdo de que su padre murió víctima de la embriaguez.

Lo que Dice el Cigarrillo de su Propia Vida

"No soy matemático —dijo un cigarrillo— pero sí puedo sumar algo a los males nerviosos del hombre, puedo obsequiarle un cáncer, puedo restar su energía física, puedo multiplicar sus dolencias y achaques, puedo dividir sus fuerzas mentales y puedo tomar el rédito de su trabajo y descontar las probabilidades de su buen éxito".

Publicación de la FRATERNIDAD ROSA-CRUZ ANTIGUA.
Apartado 1416 - Bogotá - Colombia.

Juventud Loca

Por Oscar Ponce de León.

Pobre esta loca juventud que pasa
sin comprender las leyes de la Vida,
exhibiendo su histriónico histerismo
ante una sociedad venal y frívola...

Pobre esta triste juventud que muestra
sin pudor ni vergüenza su lascivia,
y al ritmo de maracas y bongoes
hace alarde de erótica impudicia...
Pobre esta zafia juventud que ofende
con su grosera bulliciosa risa,
los lugares que fueron como templos
para el genio creador de los Artistas...

Pobre esta inútil juventud que ignora
Las virtudes más nobles y exquisitas,
que cultivan las almas soñadoras
que van hollando luminosas cimas...

Juventud que no sabe de ideales,
que no sabe de Amor y Poesía
que no conoce los celestes dñes
que nos abren las puertas de la dicha...

Juventud afrentosa y depravada,
de extraño rostro y de mirada cínica

que le teme al estudio y al trabajo
y se dopa de alcohol y cocaína...

Juventud que hace alarde de fiereza,
que asalta, viola, engaña y asesina,
y se burla sarcástica y escéptica
de las leyes humanas y divinas...

Juventud que es un símbolo funesto
de esta Era de errores e injusticias,
en que el hombre es un lobo para el hombre
y se incuban las guerras fratricidas...

Estéril juventud que va al abismo
a cosechar su siembra maldecida,
dejando un rastro de dolor y sangre
como las huestes bárbaras de Atila!..

En pro del bienestar humano, haga circular es-
te folleto entre sus amistades.



**Maravillosos libros para su comprensión de la Vida
y ennoblecimiento de sus actos en el humano vivir:**

Por Marde

El Poder del Pensamiento

Alegría de Vivir

El Secreto del Exito

Por R. W. Trine

En Armonía con el Infinito

Por Viveka

La Voz del Desierto

Por Krumm Heller

Rosa Cruz

Por Max Heindel

Concepto Rosa Cruz del Cosmos

Filosofía en Preguntas y Respuestas

Enseñanzas de un Iniciado

Recolecciones de un Místico

El Velo del Destino

Misterios de las Grandes Operas

Por los Tres Iniciados

El Kybalión

Por Magus Incógnito

La Doctrina Secreta de los Rosa - Cruces

Por Israel Rojas

El Secreto de la Salud

Cúrese comiendo

La Salud de la Mujer

Cultura Intima del Joven

Cultura Intima Infantil

Logo Sophía

El Enigma del Hombre

El Sentido Ideal de la Vida

Por los Senderos del Mundo

Dignificación Femenina

Adquiera el hábito de leer, ilustrarse es progresar.

**FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ**

ROSA CRUZ
LUZ DEL MUNDO

**FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ**

IMPRESO: TIPOGRAFIA HISPANA BOGOTÁ